

RICARDO PALMA, LA ACADEMIA Y LAS "TRADICIONES"

Por Aurelio Miró Quesada S.

(Discurso pronunciado en la Casa de la Cultura, en la sesión pública de la Academia Peruana de la Lengua, el 7 de octubre de 1969.

La Academia Peruana de la Lengua, con un sentimiento en que se unen la emoción y el orgullo, se suma hoy al coro de alabanzas en homenaje a Don Ricardo Palma, el insigne Patriarca de nuestras letras republicanas, en el cincuentenario de su muerte. La conmemoración no se reduce al valor de su obra literaria, sino tiene también un carácter cívico, por lo que Palma representa como forjador de la peruanidad en el país y como gonfalonero de la fama y de la tradición cultural del Perú en el extranjero. Como el Inca Garcilaso en la iniciación de nuestras letras en lengua castellana, como Peralta y como Olavide que inscribieron su nombre y su prestigio ante los hombres más cultos de Europa en su tiempo, más allá de la trompetería sonora de Chocano al comenzar el siglo XX y sólo emulado ahora por la raíz humana de César Vallejo, la obra de Palma nos ha dado una resonancia especialísima y a más de uno de nosotros ha ocurrido que, al decir que somos del Perú, se nos han mencionado de inmediato las *Tradiciones* de Ricardo Palma.

Palma académico

Para quienes tenemos además la honra de ser miembros de la Academia Peruana de la Lengua, la emoción y el orgullo son mayores porque se trata de quien, en casi medio siglo de su vida, fue inspirador, guía, fundador, Director, reconstructor, sombra propicia y al mismo tiempo luz brillante de nuestra corporación. Nacido en Lima el 7 de febrero de 1833, o sea sólo ocho años y dos meses después de la batalla de Ayacucho que culminó la Emancipación, y siete años más tarde de la tozuda resistencia de Rodil en el Callao, que él llevó a la escena en un drama de mocedad, Palma supo siempre distinguir entre la independencia política de España y la raigambre cultural española, y por encima del tiempo y la distancia enalteció la lengua castellana y mantuvo su vinculación sentimental con usos, costumbres, tradiciones comunes. Ni su *Corona patriótica* de 1853, ni los propios versos entonados de su drama *Rodil*, ni la gallardía del combate del Dos de Mayo en el que participó, pudieron hacerle olvidar la entrañable adhesión a la lengua y las letras de Castilla; y él mismo ha contado cómo, en sus años moceriles, hablarle del *Macías* de Larra y de las *Capilladas* de Modesto Lafuente "Fray Gerundio" era darle "en la yema del gusto", y cómo en sus lentas travesías por la costa peruana, en la goleta "Libertad" o en el transporte de guerra "Rímac", devoró los tomos ponderosos, de letra menuda y ancho espíritu, de la Biblioteca de Autores Españoles del editor Rivadeneyra.

En 1878, cuando ya había publicado las primeras cuatro series o volúmenes de sus *Tradiciones*, que le habían abierto de inmediato las puertas de la fama en España y América, la Real Academia Española de la Lengua lo nombró su Correspondiente en el Perú. Habían muerto ya nuestros primeros Académicos republicanos: el insigne sa-

tórico, burlón espejo de las costumbres de su tierra, Felipe Pardo y Aliaga, y Manuel Ignacio de Vivanco, el caudillo letrado y cervantista; y se hallaban dispersos Manuel Pardo y Lavalle, ex-Presidente del Perú, que ese mismo año iba a morir asesinado, el Obispo del Cuzco Pedro José Tordoya y el fino poeta ecuatoriano pero arraigado en Lima Numa Pompilio Llona. Quien preconizó a Palma fue Manuel Tamayo y Baus, con quien ya había cambiado varias cartas, cuyas obras teatrales (*Locura de amor*, *El drama nuevo*) conmovían al público limeño y que era Secretario de la docta casa de Madrid. Los periódicos de Lima, noticiados por Palma, aplaudieron el nombramiento y dijeron con júbilo que había sido por unanimidad. Después de casi un siglo, y cuando la Real Academia Española ha tenido la gentileza de recorrer para nosotros el velado secreto de sus actas, podemos saber ahora pormenores exactos.

La Junta se realizó el 11 de abril de 1878. La debió presidir el Director titular de la Academia, Don Juan de la Pezuela, Conde de Cheste, nacido en Lima cuando su padre era Virrey en el Perú; pero lo hizo a su nombre el Director accidental, como Académico más antiguo, Alejandro Oliván. Asistieron a la sesión: el Bibliotecario de la corporación Aureliano Fernández Guerra, el Tesorero Leopoldo Augusto de Cueto Marqués de Valmar, Manuel Cañete, Cándido Necedal, Tomás Rodríguez Rubí, Ramón de Campoamor, Juan Valera, Francisco de Paula Canalejas, Antonio Arnao, Luis Fernández Guerra y Orbe, León Galindo y de Vera, Vicente Barrantes, Agustín Pascual, Gaspar Núñez de Arce, Pedro Antonio de Alarcón y el Secretario Manuel Tamayo y Baus. La propuesta a favor de Palma, para Correspondiente en Lima, la firmaron Tamayo y Baus, Rodríguez Rubí y Canalejas. A las nueve y media de la noche —porque las sesiones se realizaban entonces después de la cena— se interrumpió el examen de las cédu-

las lexicográficas, para votar la propuesta de Palma. “Este señor —consigna el acta— resultó elegido por diez y seis bolas blancas contra una negra”. Misteriosa balota en contra, cuya paternidad es imposible identificar a la distancia, y por la que seguramente se debió sonrojar al poco tiempo quien tuvo el mal criterio de ponerla en el ánfora.

La Academia Peruana

A principios de junio le llegaron a Palma el diploma académico, los estatutos y el reglamento de la corporación. “El 3 del actual —escribió entonces a su amigo Tamayo y Baus— recibí el honorífico diploma con que la Real Academia ha querido favorecer a este humilde, aunque ya viejo, cultivador de las letras. A Ud. y sólo a Ud., que supo interesar en mi favor la opinión de mis ilustrados compañeros, debo una distinción que tanto me enaltece, por lo mismo que la Academia no ha sido pródiga en abrir sus puertas a los escritores peruanos. . . Honrándonos a los americanos se honra a España”. Y unos días después, el 12 de junio de 1878, añadía con cordial entusiasmo: “Tan luego como haya puesto fin a la polémica (la que desató su trabajo histórico sobre Sánchez Carrión y Monteagudo) me ocuparé de examinar los peruanismos que, por ser más generales, merezcan carta de naturaleza en nuestra lengua, trabajo que remitiré a Ud. para que la Academia se sirva tomarlo en consideración. Yo deseo persuadir a esa ilustre corporación de que, al admitirme en su seno, no ha aumentado un nombre más a la lista de correspondientes. A falta de otros méritos, quiero tener, ante mis compañeros, el de la laboriosidad”.

Y así ocurrió efectivamente. Como desde 1870 la Academia Española había aprobado la creación de Academias Correspondientes Americanas, que congregaran a los Aca-

démicos que antes lo eran a título exclusivamente personal, Palma se esforzó por que también en el Perú se estableciera un centro de defensa y estudio de la lengua. A su iniciativa o a su opinión se debió que se eligiera después a un brillante grupo intelectual: Francisco García Calderón, Pedro Paz Soldán y Unanue “Juan de Arona”, José Antonio de Lavalle, Monseñor José Antonio Roca, Monseñor Manuel Tovar, Luis Benjamín Cisneros, y luego Ricardo Rossel, Emilio Gutiérrez de Quintanilla, César Goicochea, Félix Cipriano Coronel Zegarra. Ya en 1886 los Académicos habían concurrido, presididos por Palma y formando corporación, a las honras fúnebres que se celebraron por la muerte del Rey Alfonso XII; (Juan Antonio Ribeyro asistió también entonces, no sólo como Académico, sino como Presidente del Tribunal Supremo de Justicia). Pero fue en 1887 cuando Palma los convocó en su propia casa, discutió con ellos el número de miembros, la fecha de instalación, la comunicación a la casa de Madrid, el reglamento; y “venciendo no pocos inconvenientes y después de cinco juntas preliminares”, el domingo 29 de mayo se realizó la elección del Directorio.

“Después de mil contrariedades —iba a escribir, al mismo tiempo satisfecho y dolido, a su entrañable amigo el mexicano Francisco Sosa—, al fin he logrado que la Correspondiente se establezca en Lima. Ayer hicimos la elección de cargos. El de Director fue algo reñido. Hubo dos votaciones empatadas. Cinco votos por Lavalle y cinco por mí. Al fin, decidió la suerte en favor de Lavalle”. Pero no fue bajo la Presidencia de éste, quien renunció por razones derivadas de los rozamientos políticos de entonces, sino bajo la de Francisco García Calderón, como la Academia Peruana de la Lengua se instaló el 30 de agosto de 1887, con la asistencia del Jefe del Estado, el General Andrés A. Cáceres.

La polémica de los americanismos

Con la realización de las Juntas mensuales, en los salones de la Biblioteca Nacional que dirigía, restauraba y enriquecía el propio Palma, se empezó la ordenada discusión de las papeletas de neologismos y americanismos; o, como se acostumbraba decir en aquella época, provincialismos de América. “Yo mandé a la Academia . . . —decía Palma en carta a Daniel Granada de 1889— más de cuatrocientas papeletas y de ellas aceptó la Corporación cerca de trescientos peruanismos, o mejor dicho americanismos, pues hay palabras que en idéntico sentido se usan en todas nuestras repúblicas”. No podía, por lo tanto, quejarse estrictamente de la acogida a sus proposiciones. Pero en 1892, cuando Palma fue a España, como Delegado oficial del Perú a las celebraciones del cuarto centenario del Descubrimiento de América, la nueva cosecha de americanismos con que se presentó, no recibió el inmediato espaldarazo que él había soñado. “Eran poco más de trescientas cincuenta —iba a escribir después, aunque en realidad eran más de quinientas— las palabras anotadas en mi cartera, las que intentaba ir, poco a poco, proponiendo para discusión”; pero la intransigencia, la incompreensión, el desgano de la mayoría de los Académicos españoles frustró sus ilusiones y le dejó un amargo sabor de derrota.

“Las fiestas del Centenario colombino —ratificó en el prólogo de sus *Neologismos y Americanismos*, que se publicaron en 1896— han dado el tristísimo fruto de entibiar relaciones . . . Más de cincuenta millones de americanos nada pesamos en la balanza del idioma . . . La Academia admite provincialismos de Badajoz, Albacete, Zamora, Teruel, etc., voces usadas sólo por trescientos o cuatrocientos mil peninsulares, y es intransigente con neologismos y americanismos aceptados por más de cincuenta millones de se-

res que en el mundo nuevo nos expresamos en castellano". "Llamemos, sin temor de hablar o de escribir mal, *pampero* al huracán de las pampas, y conjugemos sin escrúpulo *empamparse*, *asorocharse*, *apunarse*, *desbarrancarse* y *garuar*, verbos que en España no se conocen, porque no son precisos en un país donde no hay *pampas*, ni *soroche*, ni *punas*, ni barrancos sin peñas, ni *garúa*. El escritor que, por prurito de purismo, escribe *afta* en vez de *paco*, *divieso* en lugar de *chupo*, *adehala* por *yapa* y *colilla* por *pucho*, será comprendido en España, pero no en el pueblo americano para el cual escribe". "Si el uso generalizado ha impuesto tal o cual verbo, tal o cual adjetivo, hay falta de sensatez o sobra de tiranía en la Corporación que se encapricha en ir contra la corriente".

Si se analiza bien, bajo la reacción apasionada había, no un ataque a la Academia madrileña, sino en cierto modo un homenaje. Lo que preconizaba Palma no era utilizar palabras en contra del Diccionario, sino oficializar vocablos, de por sí correctos y legítimos, para que se incorporaran por su propio derecho dentro del Diccionario. Su propósito no era así propender a un lenguaje especial hispanoamericano, sino igualar las voces de América a las creadas por parejas razones en España, en cualquier lugar o en cualquier tiempo. Además, en el fondo, su queja era en cierto modo engrida (en la acepción también americana) o excesiva. Si en 1889, por propia declaración, la Real Academia había ya aceptado las tres cuartas partes de los peruanismos que propuso, lo mismo ocurrió después, y ha seguido ocurriendo, con los *Neologismos* y *Americanismos* que recogió en su libro de 1896, y con las 2,700 voces de sus *Papeletas lexicográficas* de 1903. "De las 544 voces que propuse, encontrará U. en el último Diccionario admitida casi la tercera parte", escribió a Ernesto Quesada en 1900. Y nada puede ser mejor homenaje para él que, de las 120 nuevas

voces que señalaba entonces, apenas puede citarse más de 30 que no hayan sido ya aprobadas y que no aparezcan en las posteriores ediciones del Diccionario o en la que se imprimirá dentro de poco.

La restauración de 1917

En todo caso, lo cierto es que el enfado y el escepticismo de Palma no se borraron por mucho tiempo. A su desánimo contribuyeron además las circunstancias difíciles del Perú y el paso de los años, que privó de la vida a muchos antiguos Académicos. En 1906 sólo quedaban siete; y de ellos, imposibilitados “por falta de salud Monseñores Roca y Tovar y ausentes Larrabure, Quintanilla y Rossel”. Así lo comunicó a Mariano Catalina, entonces Secretario de la Academia de Madrid; para agravarle el problema ocho años después al nuevo Secretario Emilio Cotarelo, en carta en que le expresaba francamente: “La Academia Peruana, correspondiente de la de Madrid, puede decirse que ha desaparecido. . . Pienso que lo discreto sería dar por terminada la labor”.

Pero Cotarelo se empeñó en que la Academia no sucumbiera, y a los 83 años de Palma —“ochentaitrés Febreros. . . y los consiguientes achaques”, como él decía— renació su optimismo y empezó a despachar cartas a España y llamadas a Lima, desde su apacible retiro de Miraflores, para dar nueva vida a la “moribunda” Academia Peruana. “Nuestro ideal de que no desaparezca la Academia Peruana, inaugurada en 1887, puede ser, gracias al empeño de usted y a la buena voluntad de los actuales académicos, una placentera realidad”, le escribe a Cotarelo en carta del 18 de agosto de 1916, donde le propone que, además de los sobrevivientes de la primera corporación (Quintanilla y él mismo) y de los dos nombrados directamente por Ma-

voces que señalaba entonces, apenas puede citarse más de 30 que no hayan sido ya aprobadas y que no aparezcan en las posteriores ediciones del Diccionario o en la que se imprimirá dentro de poco.

La restauración de 1917

En todo caso, lo cierto es que el enfado y el escepticismo de Palma no se borraron por mucho tiempo. A su desánimo contribuyeron además las circunstancias difíciles del Perú y el paso de los años, que privó de la vida a muchos antiguos Académicos. En 1906 sólo quedaban siete; y de ellos, imposibilitados “por falta de salud Monseñores Roca y Tovar y ausentes Larrabure, Quintanilla y Rossel”. Así lo comunicó a Mariano Catalina, entonces Secretario de la Academia de Madrid; para agravarle el problema ocho años después al nuevo Secretario Emilio Cotarelo, en carta en que le expresaba francamente: “La Academia Peruana, correspondiente de la de Madrid, puede decirse que ha desaparecido. . . Pienso que lo discreto sería dar por terminada la labor”.

Pero Cotarelo se empeñó en que la Academia no sucumbiera, y a los 83 años de Palma —“ochentaitrés Febreros. . . y los consiguientes achaques”, como él decía— renació su optimismo y empezó a despachar cartas a España y llamadas a Lima, desde su apacible retiro de Miraflores, para dar nueva vida a la “moribunda” Academia Peruana. “Nuestro ideal de que no desaparezca la Academia Peruana, inaugurada en 1887, puede ser, gracias al empeño de usted y a la buena voluntad de los actuales académicos, una placentera realidad”, le escribe a Cotarelo en carta del 18 de agosto de 1916, donde le propone que, además de los sobrevivientes de la primera corporación (Quintanilla y él mismo) y de los dos nombrados directamente por Ma-

drid (Cornejo y Rada y Gamio), se complete la Junta con José de la Riva-Agüero, Oscar Miró Quesada, Javier Prado, Juan Bautista de Lavalle, Víctor Andrés Belaunde, José María de la Jara y Ureta, Alejandro Deustua y José Gálvez, la más gallarda muestra de la nueva generación.

Por eso, cuando el 8 de diciembre de 1917 se celebró solemnemente, como treinta años antes, la restauración de la Academia, fueron el nombre y el prestigio de Palma los que presidieron la corporación, aunque los achaques de los años —“goteras en casa vieja”, como él solía decir burlescamente— no permitieran su presencia física en el acto. El discurso que envió fue leído, con sonora voz emocionada, por uno de los flamantes Académicos: Víctor Andrés Belaunde. Y cuando renunció la Dirección, se le nombró unánimemente Director Honorario; y cuando, el 6 de octubre de 1919, se cerraron sus ojos definitivamente, fue la venera académica la mejor condecoración que se pudo poner sobre su pecho.

La “tradición”

Son así muchos y muy fuertes los lazos que unen indisolublemente a la Academia Peruana de la Lengua con el recuerdo y la gloria de Palma. Pero el homenaje que hoy le rendimos no es sólo el tributo nuestro, y casi podría decirse familiar, por más emocionado y justificado que éste sea. La resonancia de la obra de Palma va mucho más allá de la Academia, y el homenaje de hoy no es al miembro de número, sino al penate tutelar de nuestras letras republicanas y a uno de los más grandes creadores de todos los tiempos de la literatura americana. Alternativamente romántico y festivo, hombre de arranques cívicos, dramaturgo entusiasta en su juventud y polemista valiente y tenaz en toda su vida, investigador de archivos, restaurador de

la Biblioteca Nacional después del desastre de la guerra (“bibliotecario mendigo”, como él mismo, con aparente humildad pero con legítimo orgullo, se llamaba), descubridor y lector de infolios serios y comentador sonriente y amable de historias viejas y de escenas modernas, liberal para renovar y con tierna nostalgia para reconstruir y animar el pasado, conspirador en la mocedad y amante del orden en la madurez, de resonancias castizas en la lengua y al mismo tiempo defensor denodado de peruanismos y de neologismos, nacionalista en el sentimiento y universal en el vuelo de cultura, profesor de sí mismo:

(Hijo soy de mis obras. Pobre cuna
el año treinta y tres meció mi infancia;
pero así no la cambio por ninguna),

Don Ricardo Palma llena más de un capítulo no sólo de la literatura del Perú sino de toda la América Española, desde mediados del siglo XIX hasta comienzos del siglo XX. Y sobre todo nos representa ante el mundo de las letras con una credencial insigne y única: lo que es inseparable de la fama de Palma, la forma especialísima de contar, con gracia y donosura, con sonrisa y con vida, con burlas y con veras, que se conoce con el nombre inconfundible de *tradicción*.

Intentemos precisar esta forma, en realidad inasible para quien no tenga la personalidad y el encanto de Palma, e irremediable escollo para quienes pretendieron imitarlo, sobre la que él mismo ha tenido el donaire de dejarnos algunas recetas pintorescas.

Ante todo, unos datos cronológicos. Las más antiguas *tradiciones* de Palma no son precisamente tales, sino relatos de corte romántico en prosa o en verso, que sucedieron a sus frustrados intentos en el teatro: *El esqueleto* (verso), *No hay trampa con el demonio* (verso), *Consolación*, de 1851; *Oderay, o la muerte en un beso*, *Flor de los*

la Biblioteca Nacional después del desastre de la guerra (“bibliotecario mendigo”, como él mismo, con aparente humildad pero con legítimo orgullo, se llamaba), descubridor y lector de infolios serios y comentador sonriente y amable de historias viejas y de escenas modernas, liberal para renovar y con tierna nostalgia para reconstruir y animar el pasado, conspirador en la mocedad y amante del orden en la madurez, de resonancias castizas en la lengua y al mismo tiempo defensor denodado de peruanismos y de neologismos, nacionalista en el sentimiento y universal en el vuelo de cultura, profesor de sí mismo:

(Hijo soy de mis obras. Pobre cuna
el año treinta y tres meció mi infancia;
pero así no la cambio por ninguna),

Don Ricardo Palma llena más de un capítulo no sólo de la literatura del Perú sino de toda la América Española, desde mediados del siglo XIX hasta comienzos del siglo XX. Y sobre todo nos representa ante el mundo de las letras con una credencial insigne y única: lo que es inseparable de la fama de Palma, la forma especialísima de contar, con gracia y donosura, con sonrisa y con vida, con burlas y con veras, que se conoce con el nombre inconfundible de *tradicción*.

Intentemos precisar esta forma, en realidad inasible para quien no tenga la personalidad y el encanto de Palma, e irremediable escollo para quienes pretendieron imitarlo, sobre la que él mismo ha tenido el donaire de dejarnos algunas recetas pintorescas.

Ante todo, unos datos cronológicos. Las más antiguas *tradiciones* de Palma no son precisamente tales, sino relatos de corte romántico en prosa o en verso, que sucedieron a sus frustrados intentos en el teatro: *El esqueleto* (verso), *No hay trampa con el demonio* (verso), *Consolación*, de 1851; *Oderay, o la muerte en un beso*, *Flor de los*

cielos, “cuento nacional” (verso), de 1852; *Lida*, “romance histórico” y *Mauro Cordato*, “romance nacional”, ambas impresas en 1853; *Infernum el hechizado*, quizá la primera vez en que usa expresamente el nombre de “tradición peruana”, de 1854; *Un bofetón a tiempo*, de 1860, tal vez el más antiguo relato recogido en los volúmenes de sus *Tradiciones*. En 1861 y 1862, aprovechando de su destierro en Chile, rebuscó los papeles y empezó a ordenar los episodios que había recogido en archivos limeños y que publicó el año siguiente —ya vuelto del exilio— con el título de *Anales de la Inquisición de Lima*. En la última reedición que publicó de esta obra de juventud, desordenada e imperfecta pero siempre grata para él, escribió con franqueza que fue la que hizo brotar en su cerebro “el propósito de escribir *Tradiciones*”. “Por eso estimo —continuó—, como complemento de mi afortunada labor, terminar esta publicación reproduciendo, a guisa de remate y contera, estos *Anales* que, en puridad de verdad, son también *tradiciones*”.

Verdad y ficción

¿Lo eran en realidad? Que Palma ponía entonces el acento principal en el dato histórico —al menos en la apariencia, como todos los escritores del romanticismo americano— parece demostrarlo la *Carta tónico-biliosa a una amiga* (la argentina Juana Manuela Gorriti), que publicó en la Segunda serie de sus *Tradiciones*, en 1874:

¿Quién sabe si mal mi grado
(todo puede suceder)
llevo escondida en mi ser
la intuición de lo pasado?

Y en la zumbona *Cháchara* que antecede a la Tercera serie, la de 1875, dice concretamente:

¡Oh! Dejadme vivir con las fantásticas
o reales memorias de otra edad,
y mamotretos consultar solícito
y mezclar la ficción con la verdad.

Pero en las *Tradiciones* —cuya Primera serie se había publicado en Lima, en la Imprenta del Estado, en 1872— era precisamente esto último, la mezcla de verdad y ficción, y no la lectura de los mamotretos, lo que les daba su carácter y las distinguía de las reconstrucciones históricas al uso. En carta a Juan María Gutiérrez, de 1875, añade otro elemento, igualmente infaltable: la gracia y frescura en el contar. “Creo que la tradición —le escribe— ante todo estriba en la forma. Deben narrarse como se narran los cuentos. La pluma debe correr ligera y ser sobria en detalles. Las apreciaciones deben ser rápidas. La filosofía del cuento o conseja ha de desprenderse por sí sola, sin que el autor la diga”.

En otra carta, a Carlos Toribio Robinet, de 1878, intenta Palma una explicación todavía confusa del enlace que busca, entre la base histórica y el desarrollo imaginativo y de ficción. Parecería en cierto modo que él creyera que la ficción consiste sólo en imaginar e inventar argumentos; y no, como ha ocurrido en tantos insignes dramaturgos y novelistas, también en tomar un tema ajeno, histórico o no histórico, y luego recrearlo y revitalizarlo a su manera. “Nunca he aspirado a pasar por original —dice— en la creación de un argumento. Esa cualidad de la fantasía conviene al novelista; pero no a quien, como yo, vive en el enmarañado campo de la historia. Mis tradiciones, más que mías, son de ese cronista que se llama el pueblo, auxiliándome, y no poco, los datos y noticias que en pergaminos viejos encuentro consignados. . .

“En todos ellos (los volúmenes de las *Tradiciones*) no hay quizás seis leyendas cuyo argumento sea exclusivamente

mío. Desde Garcilaso y el Palentino hasta el último cronista de convento, es infinito el número de colaboradores que he tenido para hilvanar esas pobres páginas de historia colonial”.

Historias, verdad, ficción, gracia, pueblo, cronistas. Si nos detuviéramos en tales elementos, cualquiera podría escribir *Tradiciones* como Palma; y así lo creyeron y lo pretendieron en su tiempo los numerosos escritores que, desde diversos lugares de América, quisieron igualar la fama que súbitamente había logrado el admirable tradicionista peruano.

Yo sé, pues me lo dicen a porfía
órganos cien, que el género en que escribo
en América dióme nombradía.

Sé que, como da frutos el olivo,
ya hay de tradicionistas epidemia
que cultivan la vid que yo cultivo;

iba a escribir por eso el propio Palma en el *Prologuito de ordenanza* a la Cuarta serie de sus *Tradiciones*, de 1877. Pero que en su receta había un ingrediente absolutamente personal e intransferible lo reconoce él mismo, disimulado con la cortesía, en una carta a Pastor S. Obligado, autor de copiosas *Tradiciones argentinas* que, aunque semejantes en los temas, eran completamente diferentes en la forma y la gracia. “Allá en los remotos días de mi juventud —le escribe, como insinuándole un consejo—. . . ocurrióseme pensar que era hasta obra de patriotismo popularizar los recuerdos del pasado, y que tal fruto no podía obtenerse empleando el estilo severo del historiador, estilo que hace bostezar a los indoctos. . . Recordé que, en la infancia, los granujillas y mocosuelas de mi casa y de la vecindad nos agrupábamos, . . . en torno de alguna vieja, gran cuentista,

cuentera o contadora de cuentos... y se nos pasaban las horas muertas oyéndola narrar consejas... Resultado de mis lucubraciones... fue la convicción íntima de que, más que al hecho mismo, debía el escritor dar importancia a la forma... La forma ha de ser ligera y regocijada como unas castañuelas... El estilo severo en una tradición cuadraría como "magnificat" en maitines; es decir, que no vendría a pelo.

"Tal fue el origen de mis *Tradiciones*, y bien haya la hora en que, impulsado por un sentimiento de americanismo, me eché a discurrir sobre la forma, entre artística y palabrera, que a aquéllas convenía. Bien haya, repito, la hora en que se me vino en mientes el platear píldoras, y dárselas a tragar al pueblo, sin andarme en chupaderitos ni con escrúpulos de monja boba. Algo, y aun algos, de mentira, y tal cual dosis de verdad, por infinitesimal u homeopática que ésta sea, muchísimo de esmero y pulimento en el lenguaje, y cata la receta para escribir *Tradiciones*".

La receta de Palma

Ya estamos más en la pista verdadera. "Estilo ligero, frase redondeada, sobriedad en las descripciones, rapidez en el relato, presentación de personajes y caracteres en un rasgo de pluma, diálogo sencillo a la par que animado, novela en miniatura, novela homeopática por decirlo así, eso es lo que, en mi concepto, debe ser la *Tradición*", reitera, en resumen exacto y excelente, en el prólogo a las *Tradiciones cuzqueñas y leyendas* de su amiga y discípula Clorinda Matto de Turner. "Tonto de capirote —confirma en *Ropa vieja*, en 1889, con frase que se puede aplicar a quienes hoy mismo toman las *Tradiciones* como si fueran fuente histórica— será el que se proponga estudiar formalmente historia peruana en mis tradiciones y en cuanto a si altero

cuentera o contadora de cuentos... y se nos pasaban las horas muertas oyéndola narrar consejas... Resultado de mis lucubraciones... fue la convicción íntima de que, más que al hecho mismo, debía el escritor dar importancia a la forma... La forma ha de ser ligera y regocijada como unas castañuelas... El estilo severo en una tradición cuadraría como "magnificat" en maitines; es decir, que no vendría a pelo.

"Tal fue el origen de mis *Tradiciones*, y bien haya la hora en que, impulsado por un sentimiento de americanismo, me eché a discurrir sobre la forma, entre artística y palabrera, que a aquéllas convenía. Bien haya, repito, la hora en que se me vino en mientes el platear píldoras, y dárselas a tragar al pueblo, sin andarme en chupaderitos ni con escrúpulos de monja boba. Algo, y aun algos, de mentira, y tal cual dosis de verdad, por infinitesimal u homeopática que ésta sea, muchísimo de esmero y pulimento en el lenguaje, y cata la receta para escribir *Tradiciones*".

La receta de Palma

Ya estamos más en la pista verdadera. "Estilo ligero, frase redondeada, sobriedad en las descripciones, rapidez en el relato, presentación de personajes y caracteres en un rasgo de pluma, diálogo sencillo a la par que animado, novela en miniatura, novela homeopática por decirlo así, eso es lo que, en mi concepto, debe ser la *Tradicción*", reitera, en resumen exacto y excelente, en el prólogo a las *Tradiciones cuzqueñas y leyendas* de su amiga y discípula Clorinda Matto de Turner. "Tonto de capirote —confirma en *Ropa vieja*, en 1889, con frase que se puede aplicar a quienes hoy mismo toman las *Tradiciones* como si fueran fuente histórica— será el que se proponga estudiar formalmente historia peruana en mis tradiciones y en cuanto a si altero

o no, de vez en cuando, la verdad, eso es cuenta exclusiva mía”.

Quiere decir que Palma, que había empezado por cultivar la reconstrucción histórica romántica, y así quiso librarse de los gemidos imaginarios del romanticismo, termina por apartarse también de la historia, por lo menos de la rigurosidad historicista y del riesgo de “más que en el hoy, vivir en el ayer”. “La tradición —le escribe al uruguayo Víctor Arreguine en 1890— es la forma más agradable que puede tener la historia: gusta a todos los paladares, como el buen café. La tradición no se lee nunca con el ceño fruncido, sino sonriendo. La historia es una dama aristocrática, y la tradición es una muchacha alegre”. Y para hacerla aún más alegre, la matiza y adorna con cantares:

(A la mar, por ser honda,
se van los ríos,
y detrás de tus ojos
se van los míos),

le incorpora proverbios y refranes (“soy camanejo, y no cejo”, “arre borrico, quien nació para pobre no ha de ser rico”), la ameniza con cuentos de mentidero y donosuras aprendidas en los dos Arciprestes, el de Talavera y el de Hita, y la salpimenta con “lisura” limeña:

(con una rica media
y un buen zapato,
siempre harán las limeñas
pecar a un beato);

si es que no llega hasta la desenfadada picardía de sus clandestinas *Tradiciones en salsa verde*.

La receta parece sencillísima. Una breve base de anécdota histórica, un mucho de ficción, otro poco de gracia, cuatro caracteres esquemáticos, unos cuantos modismos

criollos, unas gotas de coplas y epigramas, un dialoguillo aquí y allá, algún piropo picaresco, y ya está. Pero como en su juguetona definición de la Poesía, publicada en *Verbos y gerundios*, se puede decir también que algo nos falta:

Forme usted líneas de medida iguales,
y luego en fila las coloca juntas
poniendo consonantes en las puntas.

—¿Y en el medio?

—¿En el medio? ¡Ese es el cuento!
Hay que poner talento.

Las Tradiciones y los críticos

Veamos ahora las *Tradiciones* desde otro ángulo: no lo que de ellas dijo o pensó el propio Palma —que no siempre sería lo mismo lo que pensó que lo que dijo—, sino lo que han descubierto o interpretado algunos críticos.

José de la Riva-Agüero, por ejemplo —que fue el primero que las analizó, y no simplemente las reseñó o las elogió, en su tesis universitaria *Carácter de la literatura del Perú independiente* (1905)—, considera que, junto a su carácter nacional y personal, hay que buscar en Palma las influencias imitativas de su tiempo para explicar la génesis y la formación de las *Tradiciones*. Entre esas influencias, señala particularmente dos. De un lado, las mencionadas leyendas de reconstrucción histórica del romanticismo, que tienen su antecedente lejano en Walter Scott (“las *Tradiciones* —dice— son novelas de Walter Scott en miniatura”) y sus ejemplos cercanos en España en el Duque de Rivas y en Zorrilla, y en América en el guatemalteco Batres Montúfar y en el *Gonzalo de Oyón* del colombiano Julio Arboleda. Y de otro lado, la literatura de costumbres, ya sea de los escritores españoles, como Larra, Estébanez Calderón, Mesonero Romanos. o de peruanos y amigos como Felipe

Pardo o, con más exactitud aún, Manuel Segura. La *Tradición* en síntesis, es para Riva-Agüero —y así lo iba a repetir después, en 1933— “un género mixto o mestizo, producto del cruce de la leyenda romántica breve y el artículo de costumbres”.

La fusión de estos dos elementos, o, mejor dicho, la superposición de la tendencia costumbrista y criolla sobre la reconstrucción histórica romántica, se hizo evidente desde fecha temprana; que tal vez puede retrotraerse hasta 1855, cuando la edición de sus *Poesías* culminó la etapa netamente romántica y cuando, en cambio de los dramas, empezó a poner en escena piezas cómicas a la manera de Segura. Palma —señala Riva-Agüero— “comenzó por cultivar la genuina leyenda romántica . . . (pero) no tardó en comprender, casi instintivamente, que había que modificarla para aclimatarla en el Perú . . . y hacerla ligera, amena, traviesa y blanda”. “Junto a las románticas y nostálgicas leyendas, lances de capa y espada y supersticiones maravillosas —iba a anotar más tarde—, se muestran los cuentos verbosos y dicharacheros, como *Don Dimas de la Tijereta*, inspirados en las antiguas novelas picarescas españolas, y las anécdotas festivas y placenteras, como *Las Cayetanas*, *La Castellanos* y *Un predicador de lujo*, rebosantes de garbo dieciochesco”.

La simple mención de estas cuatro *tradiciones*, todas de la Primera serie, indica que el proceso no fue lento sino casi inmediato; y Ventura García Calderón pudo decir que las *Tradiciones* cambiaban de forma y de carácter, no precisamente por diferencias en las fechas, sino “con el humor veleidoso del narrador”. Pero que en este proceso la leyenda romántica acabó por desaparecer, no hay duda alguna. Y que, parejamente, a este cambio de posición mental o de gusto de Palma correspondió un cambio notorio en el estilo, tampoco cabe duda. Alberto Escobar, al comparar recién-

temente la primera versión de *Mauro Cordato*, de 1853, con la publicada después en las *Tradiciones*, en 1877, ha hecho por ejemplo una observación interesante. En la primera forma encuentra un “tono discursivo” y enfático y una distancia que aleja al lector del narrador y de los hechos que éste enumera; en tanto que en la versión definitiva el tono es “de conversación”, al narrador lo vemos y lo escuchamos “en lugar de leerlo” y hay un estilo fluido y refranero “que nivela el suceso remoto y el dato cotidiano, el giro arcaico y el piropo de esquina”.

Lo mismo se puede decir, hasta con más razón, de otros relatos posteriores, que ya no sólo varían entre la versión original y su primera publicación en las *Tradiciones*, sino entre las primeras series de éstas y la llamada “edición oficial”, hecha después de la muerte del autor. En síntesis, se puede decir que lo que al principio se evadía en la lejanía se acerca luego, cada vez más, al autor y al lector. Y si en lo que respecta al tema el costumbrismo moderó, y luego sobrepasó, a la leyenda romántica, en el estilo el criollismo templó lo que podía haber sido un casticismo picaresco, culto, sabroso y jugoso, pero ajeno; (Palma gustaba de los adjetivos de Quevedo, pero defendía los verbos de América, iba a decir Luis Fernán Cisneros).

Detengámonos un tanto en esto, porque es quizá lo más decisivo de Palma. Lo que nos gana en él, y lo que nos hace más amenas y deseables sus *Tradiciones*, es tal vez esa sensación de cercanía, esa impresión de que el autor está siempre presente en su obra. Podría decirse que, más que a un monólogo de autor, las *Tradiciones* nos invitan a un diálogo tácito y cordial con un amable abuelo, socarrón y donoso.

Esponaneidad y elaboración

¿Hasta qué punto es simplemente espontáneo y natural este proceso de las *Tradiciones*? No lo parece tanto, si se atiende no sólo a sus correcciones y reajustes formales, sino a las deliberadas confesiones del propio Palma. “Para mí —le escribe a Vicente Barrantes, en carta de 1890—, una tradición no es un trabajo ligero, sino una obra de arte. Tengo paciencia de benedictino para limar y pulir la frase”. El humorista —añade— “tiene que empaparse mucho en la índole del idioma y hacer serio estudio de la estructura de la frase, de la eufonía y ritmo de la palabra, etc”.

De sus vacilaciones, hasta dar con la frase exacta, hay evidentes pruebas aun en los cambios de títulos de sus libros. En la riquísima cantera de su *Epistolario*, por ejemplo, nos enteramos que los *Anales de la Inquisición de Lima*, impresos en 1863, un año antes pensaban llamarse *Historia de la Inquisición en el Perú*; que los recuerdos literarios de su mocedad iban a titularse en 1886 *La bohemia peruana de 1848 a 1860* y al cabo se llamaron *La bohemia limeña de 1848* en la edición de 1877 y *La bohemia de mi tiempo* en la reedición de 1899; que los *Recuerdos de España*, de 1897, iban a denominarse *Reminiscencias de España* en 1894. Y en cuanto a las “tradiciones”, si al principio oscilaban entre “cuento nacional”, “romance histórico”, “romance nacional” y en una nota de *El Intérprete del Pueblo*, de 1852, se anunciaban como “leyendas y tradiciones americanas” con el romántico título de *Noches de Luna*, veinte años después, en 1872, Palma las ofreció como *Veinte tradiciones o leyendas peruanas*; se publicaron ese mismo año con el título escueto de *Tradiciones*; en la Segunda serie, de 1874, pasaron a llamarse *Perú — Tradiciones*; y luego, ya definitivamente, *Tradiciones Peruanas*.

En lo que se refiere a los relatos mismos, el famoso *Don Dimas de la Tijereta*, compuesto inicialmente en 1864 y publicado en la Primera serie, de 1872, tuvo desde el comienzo un garbo digno del *Buscón* de Quevedo, pero luego lo amplió y decoró con coplas y refranes, y hasta con párrafos enteros que en las primeras versiones no tenía: “Y basta de dibujos y requilorios, y andar andillo, y siga la zambra... Ande la rueda y coz con ella... Caminito de Santiago, donde tanto resbala la coja como la sana...”

Un escribano y un gato
en un pozo se cayeron;
como los dos tenían uñas
por la pared se subieron.
.....
¡Arriba, piernas,
arriba, zancas!
En este mundo
todas son trampas.
.....
No pierdas en mí balas,
carabinero,
porque yo soy paloma
de mucho vuelo”.

El procedimiento se repite a menudo; y tengo de él como una prueba, singularmente grata para mí por el tema, el manuscrito autógrafo de *La Historia del Perú por el Padre Urías* (la historia era la colección de *El Comercio* de Lima), fechado por Palma en julio de 1908 y luego recogido en la última serie de sus *Tradiciones*.

El manuscrito, que está lleno de enmiendas, tiene varias correcciones secundarias (“aire de fisga” por “tono de fisga”, “largo y ceñido” por “largo y menudo”, “a guisa de aparador” por “a guisa de mesa”, etc.), una sola frase pintoresca suprimida (“como San Pedro en su casa, que es la portería del cielo”, que se reemplaza por “con toda lla-

neza”), y por lo menos doce adiciones representativas. Analizando más, se observa que esas adiciones se hacen con dos criterios. Unas acentúan el matiz expresivo (“algún memo o bobalicón” en vez de “prógimo”, “la gente de pergaminos y caudal” en vez de “aristocráticas”, “bocado más suculento ser fraile en convento rico que ser aristócrata pobre” en vez de “ser pobre” simplemente, “ya se sabe que cuando dos peruanos platicamos sobre política” en vez de “cuando dos peruanos hablamos de política”, etc.), o intercalan modismos populares (“me habría quedado patidifuso y aliquebrado al encontrarme”, en vez de “me habría encontrado”), o ganan en maliciosa picardía (“cuya mujercita, hembra de bonita lámina y de saleroso reconcomio”, en vez de simplemente “cuya mujercita”), etc. Otras adiciones precisan la circunstancia (“los refinados abates que, antes de la Revolución, lucieron tanto en los salones de la corte francesa”, en vez de escuetamente “los abates”), precisan el elemento (“aguardiente de chirimoya, naranja, durazno y otras frutas”), precisan la frase misma (“a qué fuente de consulta más veraz y fecunda”, en vez de sólo “a qué fuente”), precisan la cita documental (“pudo decir, como el famoso obispo autor de *Los dos cuchillos*: entréme fraile, pero la frailería no entró en mí”), o precisan al personaje con una anécdota que lo acerca a nosotros (“copitas que nos servía su lego, al que los tertulios bautizaron con el apodo de “el hermano Mostoverde”). Es decir, en resumen: Palma teje el relato, y luego, para reforzarlo, acentúa la nota presuntamente historicista y acentúa la nota definitivamente humorística y criolla.

Imagen general del Perú

Pero hay otro aspecto más profundo, y no exclusivamente literario, que Palma elabora y refuerza, al mismo tiempo

por impulso espontáneo y con intención deliberada: lo que, con palabra que entonces no se usaba pero que seguramente hubiera propuesto gustoso a la Academia, ahora llamamos la "peruanidad".

José Carlos Mariátegui, recogiendo al pasar una frase de Riva-Agüero que dice que Palma es "liberal e hijo de la República", condena la común apreciación de "colonialismo" y "pasadismo" en la obra de Palma y afirma que las *Tradiciones* tienen "política y socialmente filiación democrática" y "traducen el malcontento zumbón del demos criollo" frente al Virreinato y la aristocracia. Si despojamos estas palabras de su intención política, el comentario es cierto porque no se puede ni debe confundir el argumento de las *Tradiciones* con el espíritu del tradicionalista. Lo que a Palma le agrada sin duda en la Colonia es la riqueza de los personajes, la ebullición de vida; pero no la forma de gobierno. El tema mismo no es siempre colonial; y aunque es verdad que las *Tradiciones* casi no tocan los períodos incaico y preincaico y que se complacen mayormente en los episodios dieciochescos, si se hace una estadística se observará que, de cerca de 500 tradiciones y artículos, no llegan a 110 los dedicados al siglo XVIII, son unos 100 los referentes al siglo XVI (unos 25 a la Conquista y los restantes al Virreinato), alrededor de 90 los del siglo XVII, y más de 150 los del siglo XIX (entre los del final del Virreinato, los de la Independencia y unos 70 de los primeros años republicanos). Los propios relatos de su tiempo, que tan sabrosos son en Palma, no tienen una definición doctrinaria; porque ya sabemos que él era liberal en el espíritu, pero también personalista en los afectos, y por eso a menudo contradictorio y poco seguro en la política.

Ni fue tampoco Palma un ensalzador exclusivo de lo limeño ni un representante, como se repite con frecuencia, del ingenio alegre pero a veces frívolo de Lima. Palma

quiere a su Lima, la vive y recrea como pocos, se siente entrañablemente unido a ella en sus virtudes y hasta en sus defectos. Pero la geografía de sus *Tradiciones* forma una imagen general del Perú; y, si continuamos la estadística, veremos que más son los relatos que ocurren en un lugar del Perú fuera de Lima que los que se refieren a Lima misma, a pesar de que aquí, como centro del Virreinato y como capital de la República, tenía lógicamente que encontrar mayor anecdotario y mayores fuentes bibliográficas.

Y así Palma, que indudablemente empezó a escribir sus *Tradiciones* sin orden ni sistema preconcebidos, terminó por revivir, con plena conciencia, en su retablo de Maese burlón, todos los personajes de la historia peruana (Incas, conquistadores, Virreyes, Obispos, Oidores, cabildantes, mercaderes, plateros, “tapadas”, mistureras, soldados de la Independencia, “indefinidos” de la República, Presidentes, coroneles, doctores), y con ellos crónicas de todos los sucesos, escenarios de todas las regiones, nombres de las calles, explicación de refranes y apodos, libros fundamentales, juegos, comidas, cantos, bailes. Por eso, aun cuando desde 1880 leemos con alarma, en su *Sinfonía a toda orquesta*, que quiere “guardar la pluma”, y aunque en 1891 nos reitera:

Esta vez va de veras, lectores míos,
no está el tradicionista para más líos,

y llega a llamar *Mi última tradición* al cuentecillo en verso del Arzobispo Cuero, “que era un sabio y un santo de cuerpo entero”, Palma siguió imaginando *tradiciones* hasta la que escribió, ya octogenario, para la edición de *La Prensa* de Buenos Aires del 1º de enero de 1915: *Una visita al Mariscal Santa Cruz*. De su amenaza de no escribir sólo quedó por fortuna una engañosa evasiva en los títulos; y

así sus últimos libros ya no se llaman *Tradiciones*, sino *Ropa vieja* (1889), *Ropa apolillada* (1891), *Cachivaches* (1900) o *Cachivacherías* (1906).

Ocaso y gloria

A la postre, ya él mismo era una verdadera tradición. A su retiro modesto de Miraflores, donde se había cobijado desde 1912 cuando, por rozamientos y cuestiones políticas, se vió obligado a dejar la Dirección de la Biblioteca Nacional, llegaban continuamente cartas, libros, pedidos de autógrafos. Los visitantes, en cambio, eran pocos, porque los hijos —sobre todo las hijas— cuidaban celosamente su reposo hogareño. Sólo los Académicos que allí se reunieron para restaurar la institución, un viajero ilustre que acudía de paso a saludarle, algún amigo de la juventud, tenían la puerta abierta y franca. “En esta casa todas son goteras”, había dicho de sí mismo con exageración, hacía ya treinta años, al mexicano Vicente Riva Palacio; y ahora, aunque las goteras parecieran “reacias”, los médicos le habían prohibido cualquier esfuerzo. “En la penumbra de mis añoranzas melancólicas —escribió a sus amigos demócratas en 1913, al enterarse de la muerte de Piérola— he contemplado, desde mi ventana, la puesta del sol”. Y era también su propio ocaso, aunque siempre radioso, el que él veía avanzar día a día.

Entre mis recuerdos infantiles han quedado grabadas algunas escenas imborrables.. Una vez fue mi visita a la casa de Palma, con su salita de esquina achaflanada, su patiecillo de losetas, libros en los estantes y cuadros y retratos y diplomas en las paredes. Otras veces, era el paseo frecuente del patriarca, conducido en su silla de ruedas, con una manta abrigadora sobre las piernas, la gorra calada hasta las cejas, los ojos miopes y pequeños, y las manos

dispuestas a saludar a cualquier transeúnte. “¡Buenas tardes!”, sonaba su voz aún entera, mientras se le hacía recorrer la Alameda, entonces de tierra apasionada, con ficus coposos que enlazaban sus ramas en lo alto y acequias rumorosas a los lados. Lector apasionado desde niño, conocedor de la obra de Palma por la amistad que le unía con mis dos ramas familiares, me aproximaba a él para admirarlo, para palpar su fama, para observar su arcilla humana casi ya en trance de transfiguración. Otros en cambio, sin darse cuenta de que la gloria pasaba a su lado, se cruzaban con él sin saludarlo; y entonces él protestaba en voz alta: “¿Y por qué no contesta?”.

Han pasado los años y hoy, en el cincuentenario de su muerte, y ante su prestigio que no declina sino que se mantiene inmarcesible, todo el Perú le contesta agradecido, con el homenaje de su afecto, de su admiración y de su orgullo.



Ricardo Palma
1833 - 1919